

El estudio, cuestión de Técnica

David Blanco
Instituto Pascal

Todo profesional de la enseñanza debería hacerse la siguiente reflexión: ¿Quién ha enseñado a estudiar al alumnado?

En la escuela se enseña a leer, a escribir, matemáticas, historia, etc. pero, ¿quién me les ha dicho cómo afrontar toda esa información, cómo hacerla suya, cómo asimilarla, integrarla en su conocimiento para después hacer una correcta exposición en el examen?

Este es un problema que se arrastra desde los primeros años de estudio y que alcanza su mayor relevancia cuando, con el transcurso de los años, el estudiante se encuentra en la tesitura de preparar las pruebas de acceso a la universidad, los parciales de la carrera o, incluso, una oposición. Es algo así como, si con la cantidad de coches que hay en una ciudad moderna, nadie tuviera carnet y cada conductor aprendiera a su aire.

Pero, ¿qué son, realmente, las técnicas de estudio?

Muchos profesores se hacen esta pregunta, pues son relativamente recientes y existe una gran falta de información al respecto.

Podemos decir que, por falta de conocimiento, cada alumno *tira por donde puede*. Es como si tuvieran que atravesar un frondoso bosque sin que nadie les diga por dónde hacerlo. Los menos, ya sea por intuición, o una correcta orientación, consiguen encontrar un camino adecuado; aquel que les lleva a conseguir su objetivo. Sin embargo la mayoría se ven perdidos en medio del bosque, rodeados de árboles que parecen iguales, desorientados, sin saber qué dirección tomar para conseguir atravesarlo. Finalmente muchos de ellos consiguen llegar al final, sólo que unos, lo hacen con menos esfuerzo que otros. También hay quien atrapado por la maleza, o atorado en un punto sin salida, decide abandonar.

En España se introdujeron en los años 80 con *Pascal*, y una gran parte de los profesores desconocen su utilidad. Tradicionalmente se ha pensado que el estudio depende exclusivamente del número de horas dedicadas al mismo, independientemente de la metodología. Un alumno aplicado es el que está muchas horas delante de los libros. Sin embargo, esto no siempre es así, nos encontramos con alumnos con un historial brillante y, sin embargo, no parecen estudiar mucho. Otros, en cambio, dedican muchas horas al estudio y no obtienen los mismos resultados.

Ante semejantes contradicciones se suele acudir a una explicación socorrida, basada en la distinta capacidad de los chicos. Nuestra experiencia nos dice que esta explicación no siempre es correcta y nos lleva también a contradicciones importantes: chicos con un Coeficiente de Inteligencia elevado sufren el fracaso en los estudios y otros, supuestamente con menos capacidad, obtienen mejores resultados, ¿A qué se debe esto?

La respuesta está en la metodología de trabajo, es decir, las diferentes maneras de tratar la información por parte de los estudiantes; en definitiva a las *técnicas de estudio*.

En términos muy generales, y siguiendo con nuestro ejemplo del bosque, podemos decir que las Técnicas de Estudio son el mejor camino para atravesarlo. Aquel que, sin dejar de ver el final, te permite disfrutar del paisaje.

¿Por qué la necesidad de las Técnicas de Estudio?

Al igual que un carpintero, para construir un mueble, debe poseer las herramientas adecuadas, así como el conocimiento para saberlas utilizar, los estudiantes necesitan también de herramientas en su estudio. Algo que les permita obtener el máximo de sus capacidades, con el mínimo esfuerzo. Por ejemplo, una sierra eléctrica siempre cortará más rápido y con mayor precisión que una sierra de mano.

El carpintero necesita de sus herramientas para hacer una mesa, el estudiante debe tener sus herramientas de estudio, solo que éstas no son físicas sino intelectuales. Con estas herramientas nos *aseguramos* que vamos a estar haciendo las cosas, no como creemos que están mejor hechas, sino de la manera que se ha demostrado (científicamente) mejor para afrontar el estudio. Aparte de la mejora en el rendimiento intelectual y por tanto los resultados, va afectar muy positivamente la autoestima del alumnado. Van a trabajar con otro cariz, con seguridad, con confianza en su propio esfuerzo y lo que pueden conseguir con él; pero, sobre todo, van a desarrollar un gusto por el estudio, por el aprendizaje.

Toma de conciencia del profesorado

Cada vez son más los profesores que se dan cuenta de que su estudio no es todo lo bueno que podría ser, que el rendimiento está muy por debajo de las posibilidades del alumnado.

Si entre todos fuéramos capaces de transmitir una serie de conceptos fundamentales sobre la forma de afrontar el estudio, obtendríamos un alumnado de mayor calidad, con unos objetivos más claros, mejor dispuesto ante esta tarea, y sabiendo sacar mucho mejor partido a sus propias capacidades intelectuales y de los conocimientos impartidos por los profesores.

Es nuestra responsabilidad transmitir ese conocimiento a nuestros alumnos, ya que si no lo hacemos corremos muchos riesgos y, entre ellos, el más importante: que el estudiante desarrolle una aversión hacia el estudio, que rechace cada vez más el terreno intelectual como factor de desarrollo personal y, finalmente... abandone.

Nosotros como profesores debemos, no explicar, sino *transmitir* el conocimiento, la ilusión, el gusto por el aprendizaje de cosas nuevas. Es obvio que cualquier actividad, incluido el estudio, en último término, debe ser aprendida por la propia persona; es decir, nosotros no podemos estudiar por los alumnos. Pero también es indudable que cualquier actividad por la que hemos desarrollado un gusto ha sido porque alguien, en su momento, nos la supo introducir (transmitir) haciéndola interesante. Al hacer esto nosotros mismos desarrollamos la fuerza necesaria para trabajar, una motivación interna (aprender cosas) que supera con creces cualquier refuerzo o premio externo (p.ej. aprobar el examen, o que nos regalen objetos materiales).

Los chicos no disfrutaban con el estudio y ese es el origen del problema. La falta de motivación en el estudio es un tema crucial. Si no quieren estudiar es inútil cuantas acciones llevemos a cabo, si les obligamos, como sucede en la mayoría de ocasiones, además de ser agotador para el profesor, va a suponer un mal trago para ellos; un tormento por el que tienen que pasar cuanto antes para quitárselo de encima. En ningún momento pasa por su

cabeza la idea de disfrutar con el estudio, y si se lo comentamos es posible que hasta les dé *la risa*.

Pero, lo que debemos preguntarnos es ¿por qué sucede esto? La mayoría de los alumnos desarrollan aficiones diversas, ante las cuales no parece molestarles dedicar esfuerzo intelectual y horas de trabajo. ¿Por qué no sucede lo mismo en los estudios?

Las actividades lúdicas que realizan llevan siempre implícito un aprendizaje: desde jugar al fútbol, los videojuegos, el cine, la música, hasta salir con los amigos/as. El objetivo, de los profesores como de los padres, debe ser hacerles comprender que el estudio puede ser una actividad gratificante, de la misma manera que otras a las que dedican gustosos gran parte de su tiempo y energías.

Una competencia desleal

Por otra parte, los profesionales del estudio, sufrimos lo que podríamos llamar una *competencia desleal* en nuestro constante esfuerzo por hacer interesante el estudio a los alumnos. Éstos se ven expuestos a un constante *bombardeo audiovisual* (televisión, vídeo, cine, ordenador, videojuegos, etc.), estímulos diseñados para resultar atractivos a primera vista, sin un esfuerzo consciente por parte de nuestros chicos.

Todo esto es más grave de lo que parece, porque si bien las nuevas herramientas tienen una gran utilidad y valor informativo, cuando una persona se acostumbra a recibir constantemente la información de una manera pasiva, máxime si se trata de un chico/a en plena formación de su personalidad, se vuelve lo que podríamos llamar *intelectualmente perezosa*, le cuesta más realizar un aprendizaje en el que tenga que hacer un esfuerzo mental por su parte; es lo que llamamos aprendizaje activo, es lo que llamamos lectura comprensiva, es lo que llamamos estudio.

El caso de Eduardo es significativo: Un estudiante de 4º de la E.S.O. cuya gran afición a todo lo relacionado con el fútbol le hacía manejar gran cantidad de información específica. Era capaz de decir todas las alineaciones de los equipos de la Liga, así como información adicional referida al precio de cada jugador en el mercado, su posición en el campo, equipos anteriores, nacionalidad... la marca deportiva del uniforme del equipo; e incluso de las botas de algunos de los jugadores. En sus estudios era un alumno por debajo de la media y apenas conseguía aprobar todas sus asignaturas. Si se le preguntaba por qué no obtenía buenos resultados en los estudios, contestaba que era un *rollo* y no le interesaba lo más mínimo. Cierta año tuvo un profesor de Historia que siendo él también gran aficionado al fútbol, hacía constantes referencias y analogías entre los temas de estudio y el mundo del fútbol. Comparaba a las grandes potencias históricas con los equipos poderosos como el Madrid o el Barcelona, las intrigas palaciegas de la época de los Borgia con los conflictos de poder acaecidos la semana anterior entre directivos y cuerpo técnico, etc. Eduardo sacó un sobresaliente en historia ese año; ahora quiere estudiar historia como carrera universitaria.

Por todo ello deberíamos redoblar nuestros esfuerzos a la hora de orientar nuestra puesta en escena con los alumnos, captar su interés, explicarles el por qué de las cosas no las cosas en sí, que vean lo que estudian no como algo ajeno a ellos, sino como algo en lo que se puedan implicar, y, al hacerlo, disfrutar con ese aprendizaje.

Nosotros siempre hemos sido de alguna manera contrarios a conceptos desfasados como aquel de: *“la letra, con sangre entra”*... nos gusta más *“la letra con miel, se aprende bien”*.